

El Baile de los sexos

Efectos del discurso en la clínica actual

CCAI. Gijón, 22 de mayo de 2015

Francisco Estévez

Introducción

«Los curas y los homosexuales quieren casarse; las parejas casadas, divorciarse; los divorciados casarse otra vez. Las embarazadas piden el aborto libre o abandonan los niños donde pueden (...) y los estériles quieren adoptar. Hay más problemas, más contradicciones, pero no se pueden ni citar. Si todo fuera posible habría *un orden sexual aceptable*», escribía Eduardo Haro Tecglen en el diario *El País* un ya lejano 13 de marzo de 2002. Y añadía:

«Todas estas leyes modernas que han venido a poner parches, las de parejas de hecho o las de aborto legal, la falsa ley de divorcio – uno nunca deja de estar casado con quien estuvo (...) – no resuelven *las necesidades naturales*»¹.

Esta cita nos sirve de introducción a esta conferencia. Eduardo Haro, considerado un escritor avanzado, sostiene que «si todo fuera posible habría un orden sexual aceptable» y que existen unas «necesidades naturales» que las leyes jurídicas no resuelven.

El orden sexual

¿Qué pensamos los psicoanalistas? Exactamente lo contrario. En primer lugar, que no hay un orden sexual aceptable. No porque no haya orden, sino porque es inaceptable. Lo denominamos *orden fálico*. Esto, fuera de nuestro lenguaje, es subversivo. En segundo lugar, que no existen necesidades naturales en el ámbito de la sexualidad, porque la sexualidad humana es muy poco natural. Y en tercer lugar, que las leyes jurídicas resuelven más de lo que se cree. Ciertamente existen leyes discriminatorias, leyes injustas, aunque más en el plano económico que en el sexual. Limitar el derecho de los jóvenes menores de edad al cambio de sexo, a la cirugía bariátrica, al aborto, a las cirugías irreversibles que afectan a la imagen corporal, supone una regulación posible no un atentado jurídico.

¹ Las cursivas son nuestras.

¿Qué sucede entonces con la sexualidad? Dos cuestiones:

1. La sexualidad humana está hecha de lenguaje
2. No todo en la sexualidad se puede simbolizar.

El punto de partida es un postulado muy preciso: **No existe relación sexual**. Tal vez ustedes se sorprendan al oírlo, pero esta afirmación está extraída de la experiencia psicoanalítica. *No existe relación sexual* es un descubrimiento de la clínica, del discurso, entendido éste como el modo en que se relacionan los cuerpos.

¿Qué es un discurso? Discurso no es exactamente lo que yo estoy haciendo ahora mismo. Esto se llama conferencia. Discurso es el tipo de lazo con el que se ligan los seres hablantes. Existen básicamente cuatro tipos de discurso: el *discurso del amo*, el *discurso de la histérica*, el *discurso universitario* y el *discurso psicoanalítico*. En sentido estricto, un discurso expresa una voluntad de dominio. El ejemplo más claro es el *discurso del amo*, donde hay no sólo un amo, sino un significante maestro que dirige y ordena todo. Por ejemplo: ¡*consume!*. Es un imperativo propio del discurso capitalista, que es una malformación del discurso del amo. El discurso del amo clásico estaría marcado por el significante ¡*obedece!*. En el discurso del amo moderno la obediencia que interesa no es la del esclavo, sino la del consumidor. El discurso universitario es también una variante del discurso del amo. Su mandato sería: ¡*no pienses por ti mismo!* Lo que produce no es otra cosa que debilidad mental.

Discurso del analista

Pues bien, hay una excepción a esta lógica: el *discurso del analista*. No tiene ninguna voluntad de dominio. El psicoanalista se sitúa en el reverso del discurso del amo: no adoctrina, no utiliza la sugestión, no señala pautas.

Ante la demanda de un paciente hay dos posibles respuestas; una, desde el saber: *Yo sé qué le hace falta, qué necesita. ¡Sométase!*. La otra desde el no saber: *Yo no sé de qué padece, ¡hable!* Es una inversión de la demanda. En cualquier otra situación clínica la demanda del paciente se satisface o se rechaza. En el psicoanálisis no; el analista mismo se convierte en demandante: *Por favor, hable, no importa lo que diga*. Es la única demanda que hará. Pero nada tiene que ver con la persona, pues se sustenta en su deseo de analista,

que no es otro que deseo de saber. Por eso su formación no es de experto, sino asentada en un trípode: *análisis personal, estudio de los textos freudianos y supervisión de casos clínicos*. Con respecto a esto último no se pretende registrar las palabras del paciente, sino las intervenciones del analista practicante, para evitar que se conviertan en un suministro de saber al analizante. En ese caso no sería una cura analítica.

El psicoanalista tiene una relación paradójica con el saber: debe ignorar lo que sabe para descubrir el saber del analizante. Por eso donde otras terapias dicen *¡soporta!* – sin plantearse cuál es la implicación del sujeto en su malestar - el psicoanalista dice *¡habla!* En su posición de agente el analista se sitúa como semblante. Ello le permite escuchar las marcas particulares de la historia del paciente, que se deslizan a través de los significantes de su relato. En el discurso analítico es de donde se verifica el postulado *No hay relación sexual*.

No hay relación sexual

Es una fórmula chocante. Por la tendencia que tenemos los seres humanos a inyectar sentido, la escuchamos como si dijera: *No hay cópula sexual*. O si lo prefieren: *No se folla nada*. Sin poner en duda esto último, la fórmula no dice eso; el coito, a veces, puede ser también algo sexual. *No hay relación sexual* es un postulado matemático que debe ser leído como tal. Su formulación completa sería: *No hay razón sexual* entre un hombre y una mujer; o, lo que es lo mismo: *No hay proporción* entre el modo de gozar de un hombre y el modo de gozar de una mujer.

Para entenderlo acudimos a los números racionales. Así, podríamos escribir:

$$\frac{2}{4} \sim \frac{1}{2} \quad \text{Entre estas dos fracciones sí hay relación}$$

Por el contrario, entre un hombre y una mujer no hay proporción sexual, ya que cada uno goza de su propio cuerpo pasando por el cuerpo del otro. Cada uno a su bola.

Este hallazgo no es fruto de una reflexión filosófica. Es un descubrimiento del análisis que se encadena con la serie: *el inconsciente está estructurado como un lenguaje, la sexualidad está en el centro del inconsciente y lo real está en el*

corazón del ser. Lo real es lo imposible; lo que no cesa de no escribirse. Eso es lo que sucede en la relación sexual: no se inscribe y en su lugar hay un vacío.

Ante la ausencia de relación sexual surge una reacción defensiva, ya que tal constatación es insoportable para el narcisismo subjetivo. La primera defensa es radical: negar la diferencia de los sexos. Es una tendencia generalizada. Admite muchas variantes: desde la moda unisex hasta los baños públicos indiferenciados; desde logos equívocos de WC hasta diseños de urinarios ininteligibles; desde el uso burocrático de la gramática (*miembros* y *miembras*) hasta acrónimos modernos (LGTB). Y como cúlmen de la negación, la legislación del Bundestag alemán que desde 2013 permite inscribir a los bebés recién nacidos en tres opciones: *masculino*, *femenino* o *indeterminado*.

Hay un impulso en la cultura a suplir el vacío que existe entre los sexos con modalidades variopintas. Un ejemplo reciente es el que publicaba la revista *Tentaciones*², bajo el *hashtag* **#NOesPIS**. La autora, Gabriela Wiener, escribe en primera persona:

« (...) No *squirteo*. No empapo la cama. No tengo orgasmos con aspersor. No riego las caras de mis amantes (...) ¿Y si soy una mujer incompleta? (...).

Ya llevaba un buen tiempo pensando si existía algo así como el Gran Orgasmo, el Dorado, un tipo de corrida que uniera la sensación de clímax con el momento chorro».

¿Cómo se alcanzaría esto? La autora responde enseguida: Se consigue «con masturbación clitoridiana y una presión adecuada en la zona del *punto g*, sobre la 'próstata femenina'. Desde allí las glándulas de Skene³ expulsan el líquido⁴».

¿En qué se diferencia el relato de esta fantasía con el de un varón? En nada, son intercambiables. Es un ejemplo paradigmático de negación de la diferencia.

² *Tentaciones*, 30 de abril de 2015.

³ Glándulas uretrales, glándulas vestibulares menores, que se encuentran en la pared anterior de la vagina al final de la uretra y que algunas equiparan a una especie de próstata femenina. Sólo un número muy pequeño de mujeres posee esta 'próstata femenina'

⁴ Existe un gran desacuerdo sobre el número de mujeres que eyaculan, aunque se cree que es muy pequeño.

Atributos

Ahora bien, si no negamos la diferencia y quisiéramos definir las características atribuibles a uno y otro sexo nos encontraríamos con otro problema. ¿Cuáles son los atributos de cada uno? En una primera respuesta Freud dice que el hombre es activo y la mujer pasiva.

HOMBRE	MUJER
Activo	Pasiva
Haraganea	Siega, muele, tritura, cose
Caza (inmóvil)	Danza (mueve el trasero)
Sofá y cerveza	Cocina y limpieza
Se desmaya	Pare

La caza no es una posición activa, sino pasiva, sigilosa, mimética. El cazador se somete al animal, al territorio, a las huellas, al rastro. Se para cuando éste se para. Llega a identificarse con la presa y, al final, se la come, porque la ama. La danza desde luego es activa. Requiere mover el cuerpo y sobre todo el trasero.

Por la vía del par *activo / pasivo* no resolvemos nada. No sólo no definimos lo masculino versus lo femenino, sino que los términos están invertidos: la actividad se sitúa del lado de la mujer y la pasividad del lado del hombre. El listado de atributos nos lleva a un callejón sin salida. No hay modo de repartir dos series. Por eso hemos de acudir a la lógica.

Lógica matemática

Freud, en sus estudios sobre la feminidad, ya en la última década de su vida ⁵ (1932), se apoyó en la lógica binaria ⁶ para delimitar la diferencia hombre / mujer. Al referir el sexo al falo, la diferencia se establecía en *tener* o *no tener*. Así, hombre es el sujeto que tiene falo, mujer es el sujeto que no tiene falo. Bien entendido que a pesar de lo imaginario del postulado – pues está basado en la diferencia anatómica, es decir en la imagen del cuerpo – el falo no es el órgano masculino, sino la premisa universal del mismo. Y si bien la mujer no lo tiene, el hombre tampoco lo tiene cuando lo convoca y no aparece; cuando le falla.

⁵ Freud S.[1932] Sobre la feminidad

⁶ Basada en la articulación *verdadero / falso*.

Años más tarde, Lacan ⁷, entiende que esta dicotomía *tenerlo / no tenerlo* no resuelve la cuestión y la plantea como *serlo* o *tenerlo*. En otras palabras, la mujer **es** el falo, el hombre **tiene** el falo. Este binomio todavía sigue articulado sobre el cuerpo. Unos años más tarde (1972) cambia de lógica y realiza una torsión conceptual. Acude a la lógica modal ⁸ y modula la sexualidad para introducir el concepto de *sexuación*. Esta doble operación le permite desarrollar lo que hoy conocemos como fórmulas de la sexuación, que indican las formas en que uno se inscribe en el goce. Con ellas Lacan orienta de la única manera posible una cuestión tan ardua: ya no se trata de lo imaginario del cuerpo, sino de lo real del goce.

Queda atrás la diferencia *hombre / mujer* basada en supuestos atributos – hombre *activo*, mujer *pasiva* -. Queda atrás también la diferencia sostenida en el registro imaginario – el hombre *tiene* / la mujer *no tiene* -; y, naturalmente, queda atrás cualquier articulación ontológica que contemplara una supuesta *esencia* femenina.

Fórmulas de sexuación

La sexuación no es el sexo anatómico. Es el modo de hacerse hombre o de hacerse mujer. Se construye a partir de la anatomía, del discurso y de las marcas del Otro. Con las fórmulas de la sexuación Lacan incorpora al psicoanálisis la operatividad matemática, porque esta disciplina, al igual que la nuestra, no se basa en la realidad, su álgebra carece de sentido pero mantiene un gran rigor lógico. La regla fundamental de la cura analítica– la asociación libre – es también un hablar sin sentido hilvanado sobre la ausencia de relación sexual. Un hablar que no persigue elaborar la biografía del sujeto sino que éste acepte producir un decir ausente de sentido. *¡Dígalo igual, no importa, sea lo que sea!* es el único mandato que solicita el psicoanalista.

A partir de la sexuación consideramos masculino al sujeto que tiene un modo de gozar *todo fálico* y femenino al sujeto que tiene un modo de gozar *no-todo fálico*, sea cual sea su anatomía. Vamos a tratar de explicarlo.

El punto de partida es el que venimos reiterando: *No hay relación sexual*. Como no la hay, en ese lugar de ausencia opera una función a modo de suplencia. No olvidemos que en matemáticas *función* equivale a *relación* entre dos términos.

⁷ Lacan 1960

⁸ Con sus postulados de *es necesario que* y *es posible que*.

La función que suple a la relación sexual que no existe la denominamos función fálica. Todo sujeto se inscribe en la función fálica para precaverse de la ausencia de relación sexual. Esta función pivota sobre el significante fálico, que no es el órgano masculino sino un organizador lógico del goce humano a partir del reconocimiento de su pérdida. Su estatuto es simbólico ya que se coloca en ese lugar de ausencia. Por eso un varón que quiere escapar de la función fálica cae en la impotencia, porque el órgano desprendido de la función ya no funciona. El significante fálico es por definición el significante de la falta, cuya referencia ordena la realidad y la diferencia sexual.

La castración

La falta es fundamental. El psicoanálisis es la única disciplina científica que reconoce el carácter estructural de la falta en la subjetividad humana. Y no se anda con rodeos; la denomina con un término potente: *castración*; que los analistas mantenemos aún a riesgo del malentendido. Sin castración no hay humanidad. Este es el presupuesto. ¿De dónde se deduce? De la inserción del sujeto en el lenguaje y de la incidencia de éste en el cuerpo. El lenguaje es la causa de la castración. El lenguaje recorta el goce ilimitado del ser viviente y lo deja en falta, porque no puede nombrar, no puede poner palabras a todo ese goce. Hay una parte que permanece desconocida. Es lo que llamamos castración simbólica, ya que está producida por un aparato simbólico: el lenguaje. Cuando a un recién nacido se le coloca un nombre, esa palabra es la que le representa ante los demás. Pero por muy bien nombrado que esté no puede representar todo lo que ese cuerpo siente. Eso es la castración. Como explica Lacan: «La castración ¿qué quiere decir? Quiere decir que todo deja que desear, no quiere decir ninguna otra cosa»⁹.

En consonancia con esto existe otra dimensión de la castración, denominada imaginaria; expresión que no alude a la imaginación, sino a la imagen del cuerpo bajo la mirada del niño, cuando éste, al ver el contraste anatómico del hombre y la mujer, deduce que falta algo. ¿Qué falta? En la anatomía nada - a la mujer no le falta y al hombre no le sobra - pero en el pensamiento del niño sí. A eso que no está pero que el niño espera, Freud lo denominó falo. No es el pene, aunque está supuesto a partir de él. ¿Por qué el pene y no otro apéndice del cuerpo? Porque en la naturaleza, el pene, se presta mejor que ningún otro elemento a representar el falo, ya que *está* y *no está*, a la vez; es

⁹ Lacan J. [1972] ...ou Pire. París, Seuil, 19...

decir mantiene la alternancia *presencia / ausencia*. Y, por si fuera poco, en el varoncito, es un órgano gozante, aunque siempre en déficit.

Todo se articula, pues, alrededor de la falta: falta de sentido, falta de saber, falta de goce, falta de relación entre los sexos, falta de objeto. En esto se diferencia el psicoanálisis de cualquier otra disciplina. ¿Qué hace la psiquiatría ante la queja de un paciente? Darle la sustancia que precisa para recobrar su homeostasis. Es la lógica de la insulina. ¿Qué hace la psicoterapia? Enseñar estrategias de recuperación de lo perdido: el amor del marido, el favor del jefe, la posición ante la cuñada. Como indica la terminología militar, la estrategia trata de recuperar el territorio - el objeto - arrebatado por el rival.

La lógica del análisis es muy diferente. No hay nada que recuperar. La falta es consustancial al ser humano, el objeto faltante nunca existió y el objeto causante del deseo es un objeto vacío. Si algo enseña el psicoanálisis – en la experiencia, no en la educación – es a convivir con la falta, nunca a colmarla, porque el objeto perseguido es futuro inalcanzable, como la liebre mecánica en la carrera de galgos; aunque en el hombre se revista de iPad, de iPhone, de BMW o de conquista.

Pues bien, en los diversos modos de tratar la falta – es decir, de abordar la castración – se sitúa toda la psicopatología humana. Y especialmente en las maneras de abordar la diferencia de los sexos y la ausencia de relación entre los mismos. Aunque todas las modalidades se reducen – como los diez mandamientos - a dos: *negar la diferencia* y *afirmar la relación*. Veamos estas variantes en el discurso moderno:

El baile

El lunes 11 de mayo se emitió en un programa de TV de máxima audiencia ¹⁰ un reportaje monográfico sobre la disforia de género, aunque su tono era más bien de euforia. En él salía un sexólogo y gerente de la *Fundación Daniela* ¹¹, quien defendía la prescripción temprana de inhibidores hormonales “*porque – sostenía - entre los 2 y los 4 años de edad un niño puede no sentirse identificado ya con el sexo que se le ha asignado*”.

¹⁰ *El Intermedio*.

¹¹ Isidro García

A continuación se presentaba el caso de Eli ¹², que hoy cuenta con 11 años, nacida varón, pero que desde los 4 años manifestaba ser niña. “*Si me corto la colita soy ya una niña ¿verdad, mamá?*” – decía su madre ¹³ citando a su hija – Y añadía en primera persona: - “*Te sientes un poco culpable, porque la gente te dice: ¡Claro, tú querías la niña cuando nació!*”. Los compañeros de colegio de Eli exclaman en el patio: “*¡Mamá, mira, esa es la niña con cola!*”. En la siguiente escena la protagonista aparece sentada en el sofá entre sus dos hermanos. El primogénito, apenas dos años mayor, confiesa turbado ante la cámara: “*Yo le digo a mis amigos que tiene cuerpo de chico pero que es una chica*”. El menor, que parece enmudecido por la situación, se mantiene inmóvil. Del padre no hay rastro, ni simbólico, ni imaginario, en el reportaje.

En el siguiente ejemplo se presenta a Elise ¹⁴, quien, el verano pasado, el día de su 14 cumpleaños, le regaló a su madre la frase: “*Mamá, yo soy una niña en un cuerpo de hombre*”. Su madre, que no sale en pantalla, quedó impactada, pero su padre, que toma protagonismo y habla con entusiasmo, le respondió: “*¡Cariño, p’alante!*”. Y confiesa que siempre pensó que su hija – antes hijo – podía ser gay. Pero le molesta que la diagnostiquen de *Trastorno de la Identidad de Género*. “*No es un trastorno*” – protesta, mientras reclama que los médicos prescriban de manera más frecuente inhibidores hormonales -. A pesar de ello hoy ambos – padre e hija – están muy contentos porque, recién iniciada la hormonación, “*he empezado a controlar mi cuerpo y he puesto un botón de stop a que mi cuerpo siga por donde yo no quiero*”, exclama la propia Elise.

El tercer ejemplo es de la radio. El portavoz de la Federación Estatal de LGTB ¹⁵ explicaba hace dos semanas en la Cadena SER que hasta que descubrió el término *transexualismo*, a los 15 años, pensaba que las lesbianas eran hombres, porque les gustaban las mujeres como a él mismo. “*Yo soy un hombre por ley*”, proclama orgulloso; afirmación contundente en la que reside una de las claves del fenómeno. Si colocamos esta frase al lado de “*Yo soy un hombre por naturaleza*”, que diría un varón estandar, podemos apreciar las diferencias en la enunciación. Nuestro hombre prosigue: “*Yo soy un afortunado porque soy un transexual masculino y subimos un peldaño en esta vida. Los transexuales femeninos lo bajan*”. Curioso razonamiento, en el que apreciamos

¹² Eli Ruiz

¹³ Violeta Herrero

¹⁴ Elise Martín

¹⁵ Mané Fernández Noriega – antes María Inés -. En: *A vivir que son dos días*. Cadena SER. Sábado 9 de mayo de 2015.

dos líneas argumentales: en primer lugar que la dicotomía *masculino / femenino* – leit motiv de nuestra conferencia - se aplica al resultado del proceso, no al origen. Así, transexual masculino es el que *se hace hombre*. En segundo lugar, la enigmática reflexión *masculino sube, femenino baja* ¿a qué hace referencia? Entendemos que no a la inscripción social, ya que si existe estigma es por el hecho *trans*¹⁶ en sí mismo, no por la opción elegida. Sólo se nos ocurre que ese subir masculino y bajar femenino hace referencia al falo, en su dimensión más imaginaria. Las palabras que vienen a continuación parecen confirmarlo: “*¡La hormona es machista!*”, sostiene, afirmación curiosa que, sin embargo, a un analista le consueña con el postulado freudiano *la libido es masculina*.

“*El tratamiento hormonal – añade - es el que hace todos los cambios físicos, el que hace que yo esté medio calvo*”. Magnífico ejemplo de elaboración de una suplencia. Si antes observábamos en este sujeto el ascenso imaginario del falo, ahora detectamos el correlato inverso de la falta, también imaginaria, expresada con orgullo ante la caída del cabello. Y la tercera reivindicación del ideario *trans*: “*Las cirugías son opcionales – dice -. Es un proceso y el camino lo pone la persona*”. En efecto, en contra de lo que se prejuicia, el sujeto transexual no tiene como reivindicación central la cirugía, sino rectificar el error de la naturaleza y convertirse en un hombre o en una mujer por ley. Esa es la operación principal, la jurídica; después viene la imaginaria, la hormonación; y sólo en determinados casos la real: la emasculación o la prótesis. Lo más importante es el ser, y la consistencia se la da la ley

Y finalmente la paternidad. “*¿Le hubiera gustado ser padre? – le preguntan -. “Sí (...). A mi lo que me hubiera gustado era haber podido fecundar a una mujer, poder ver a mi mujer embarazada porque yo la embaracé, más que el hecho en sí de la paternidad. Poder haber permitido que una mujer gestara porque yo tuve parte de “culpa” de que ella pudiera gestar*”.

Cuando al final de la entrevista le desean mucha suerte, dice como colofón: “*Mi suerte en el futuro está marcada por lo que pueda pasar con nuestros jóvenes y nuestros menores transexuales. Que es por los que estamos ahí*”.

¹⁶ Se incrementa el uso progresivo del apócope *trans* en detrimento del significante transexual.

La elección del sexo

Existe la creencia de que el sexo se puede elegir. También de que hay una asignación, atribuida a la naturaleza o a los padres, y una posible reasignación, que depende de la libre voluntad del sujeto. Si la naturaleza o los padres se equivocan el sujeto puede corregir ese error. Es cierto que el sexo no se limita a la anatomía, pero también es cierto que no existe una libre opción sexual. En el ámbito del deseo humano toda elección es forzada.

¿Cómo se determina el sexo de un recién nacido? Primero por la palabra de la matrona. Segundo por la inscripción del padre en el Registro Civil. Tercero por el deseo materno. Esta secuencia no siempre es coincidente. Cuando lo es, difícilmente se planteará una disforia de género. Pero todavía queda un cuarto elemento: la insondable decisión del ser.

Si partimos de la propuesta de Lacan de que el deseo es el deseo del Otro, las marcas del deseo materno pueden ser determinantes en cualquier elección inconsciente del sujeto. Por eso denominamos insignia a la marca de respuesta del Otro al grito del bebé. La causa del grito del recién nacido es desconocida, pero la respuesta del Otro otorgándole un sentido se inscribe en el inconsciente del infans convirtiendo su grito en demanda. Por el acuse de recibo del Otro materno el grito en bruto deviene en significación del sujeto.

Hemos de considerar, además, que el lenguaje del Otro está sexualizado, que una madre no habla de modo igual a un niño que a una niña; que los significantes que le transmite, las marcas de goce, el sentido, son diferentes. Esto se produce no por una voluntad consciente, sino por el deslizamiento de su propio deseo inconsciente y de su modo de gozar. Un ejemplo de ello lo tendríamos en el caso de Eli – nacida chico - cuando la familia le recuerda a su madre: *“¡Claro, tú querías la niña cuando nació!”*.

La paradoja es que cuando un sujeto *trans* (transexual, travestí, homosexual, bisexual, histérico, o lo que fuere) decide reasignar los caracteres sexuales anatómicos de su cuerpo no está corrigiendo un error de la naturaleza, como cree, sino sometándose ciegamente al feroz dictado del deseo de un Otro no mediatizado por el significante fálico, que ha dejado impresas en el cuerpo del sujeto las huellas indelebles de sus marcas de goce, de sus insignias.

No se corrige un error, se certifica la ferocidad del goce del Otro.